

DOMINGO II DE CUARESMA (B)
600 años de abadiado en el Monasterio de Montserrat
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
Mc 9, 2-10

Queridos hermanos y hermanas:

El domingo pasado contemplábamos a Jesús en la soledad austera del desierto y en pleno combate con las tentaciones del Maligno. Hoy lo contemplamos transfigurado en la cima de *una montaña alta*, manifestando su personalidad divina y humana. Es un momento de revelación de su identidad y un momento fortalecedor para sus discípulos ante la pasión que se acercaba. Para nosotros, en nuestro camino cuaresmal, constituye una manifestación de la gloria divina en el rostro de Jesucristo antes de encaminarse hacia la pasión que le desfigurará toda apariencia humana (cf. Is 52, 13). La Transfiguración, además, es como una anticipación de la contemplación del faz de Dios promesa para los limpios de corazón (cf. Mt 5, 8).

En nuestro proceso de conversión cuaresmal y de profundización de nuestra realidad de bautizados, la voz de Padre nos reafirma la identidad de Jesús *-mi Hijo, mi amado-* y nos invita a escucharlo, a acoger su palabra y hacerla vida. Éste es el camino que nos lleva hacia la pureza de corazón: acoger a Jesús y poner en práctica su palabra ahora que no vemos las resplandores del Tabor y nos encontramos con *Jesús solo*; es decir, sin ver la gloria, sólo con su figura de maestro de vida y de hombre de dolores tal como nos lo han transmitido los escritos del Nuevo Testamento y tal como se hace presente en el dolor del mundo. Es a la luz de la fe que sabemos descubrir la gloria del crucificado en la realidad de cada día. Y es a la luz de la fe que sabemos intuir la transfiguración final de todo el sufrimiento que hay en la humanidad; la transfiguración de miles y miles de rostros desfigurados por el dolor y la muerte. La transfiguración de la humanidad curada y salvada. La transfiguración de nuestra personalidad débil y precaria.

Los tres apóstoles testigos de la Transfiguración de Jesús se dieron cuenta de que no podían pensar en un mesianismo temporal, según los modelos triunfalistas humanos, sino que se iba insinuando el mesianismo de la cruz; que el Mesías, Cristo, tenía que pasar por el Misterio Pascual de muerte y de resurrección. Nosotros, que somos discípulos de Jesús, no nos tenemos que extrañar cuando constatamos la incoherencia y la debilidad de la dimensión humana de la Iglesia hecha de hombres y mujeres frágiles y pecadores como nosotros; ni cuándo constatamos que la Iglesia es infravalorada en la sociedad o que los cristianos somos objeto de incompreensión y de burla, como si no fuéramos lo bastante inteligentes para darnos cuenta de que la fe no tiene sentido. Somos discípulos de un crucificado dejado de lado, como *la piedra que desecharon los arquitectos*, pero que volvió victorioso a la vida *es ahora la piedra angular* del Pueblo de Dios y de la humanidad salvada (cf. Mt 21, 42). La proclamación del evangelio de la Transfiguración durante la cuaresma nos ayuda a hacer el camino de conversión, hecho de trabajo y de lucha espirituales, con los ojos fijos en la luz de Pascua, que la Transfiguración de Jesús anticipa. Y con el corazón puesto en nuestra futura participación en la gloria de Jesucristo, si mantenemos la fe y la gracia recibida en el bautismo y renovada en los sacramentos.

Estos días, en Montserrat, conmemoramos el sexto centenario de la constitución de nuestro monasterio en abadía. Desde los inicios, entorno a 1025, hasta el 10 de marzo de 1409, durante casi 400 años por lo tanto, la comunidad de Montserrat era una casa dependiente de Ripoll, el cenobio fundador, aunque los últimos años esta dependencia había disminuido en algunos aspectos. Las circunstancias que llevaron al priorato

montserratino a la autonomía que le otorgaba el rango de abadía serían muy circunstanciales y con connotaciones propias de la sociedad medieval. Fue Benedicto XIII, el llamado Papa Luna, con sede en Aviñón, durante la cisma de Occidente, quien, una vez Montserrat pasó a su obediencia como había hecho ya antes el conjunto de la Corona de Aragón, nombró primer abad de nuestro monasterio el P. Marc de Vilalba. El martes próximo, día 10, hará 600 años. Acabada el cisma, el papa legítimo Martín V, el año 1418, ratificaba el abadiado montserratino. Y con eso la mayoría de edad, podríamos decir, de la comunidad.

Dios se sirvió de estos hechos, conducidos por voluntades humanas, para llevar a cabo su plan sobre este lugar mariano y benedictino. La historia posterior de la abadía montserratina ha sido tejida de momentos de alegría y de dolor, de épocas de más esplendor o de más decadencia, pero con una comunidad monástica presente en esta casa de santa María prácticamente de una manera ininterrumpida desde la fundación hasta el día de hoy. Al conmemorar, ahora los 600 años de erección en abadía, damos gracias a Dios por el inicio de la autonomía concedida a la comunidad de Montserrat. Esta autonomía, no es una independencia total sino que se vive en la comunión de fe y de caridad de la Iglesia y con unos vínculos muy estrechos con las iglesias diocesanas con sede en Cataluña. Es la Santa Sede que, a través de los organismos monásticos competentes, valora la capacidad de la comunidad para llevar una vida monástica madura y para discernir las opciones más adecuadas a cada momento con respecto a la actualización de la carisma monástico iniciado por san Benito y al servicio pastoral de acogida y de evangelización de la comunidad. Al igual que ahora hace 600 años, la autonomía de nuestro monasterio es una muestra de confianza y un reto. Muestra de confianza por parte de la Iglesia y de los superiores monásticos en el camino que recorre la comunidad montserratina. Reto para nosotros con el fin de ser fieles a nuestra vocación, a la confianza que nos da la Iglesia y al servicio del Pueblo de Dios, particularmente de los peregrinos que suben a venerar Santa María. El Montserrat de hoy es fruto de la tradición benedictina recibida de Ripoll, de la autonomía que le fue concedida ahora hace seis siglos, de los peregrinos de todas partes y de la Iglesia y el Pueblo catalanes que han contribuido a darle una fisonomía propia al abrigo de la Madre de Dios.

En el Virolai cantamos que Montserrat "es nuestro Sinaí". La *montaña alta* de la Transfiguración del evangelio de hoy evocaba precisamente la montaña del Sinaí donde Dios se manifestó a Moisés para darle sus diez palabras que tenía que comunicar al pueblo. Jesús, muy superior a Moisés, es portador de la Palabra divina definitiva y liberadora, por eso el Padre del cielo nos dice que le escuchemos. A partir de esta realidad evangélica, Montserrat está llamado a ser un monasterio y un santuario donde, con la presencia espiritual de la Madre de Jesús, se irradie la Palabra y la gracia que nos vienen de Jesucristo, un lugar donde los peregrinos que vienen, junto con los monjes y los escolanes que vivimos aquí, nos adentramos todos en el misterio de la transfiguración de nuestra vida por medio de la participación en los sacramentos. Particularmente de la Eucaristía, que es portador de vida nueva y de inmortalidad.